

biente que perfuman los azahares de tus jardines, las violetas de tus prados y los jazmines de tus huertos cultivados por quienes saben comprender el encanto de las rosas, su poética significación y su maravilloso papel en la higiene y en la alegría de la vida del hogar.

Te debíamos este tributo de filial cariño y de tierna admiración, á tí, la Sultana de Occidente, que entre los grandes dones que nos has hecho, cuentas el inestimable de ser cuna de nuestro Maestro queridísimo: ¡Gózate, pues, en tu dicha, ya que hay venturas que superan al orgullo de ser grande, á la vanidad de ser hermosa y á la satisfacción de ser civilizada! ¡Madre de un hombre ilustre, busca tu rango al nivel de las virtudes y de los excepcionales merecimientos de tu hijo! Y quiera el cielo que en la más remota posteridad, cuando tú hayas tocado el zenit de la grandeza y ostentando en la radiosa frente la pancarpía de tus merecimientos, avances al sitio de honor en el concierto internacional de los pueblos cultos, y para Monseñor Silva se haya ratificado el fallo de la Historia justiciera, llesves por merecido galardón de tu excelstid el cognomento sencillo pero glorioso de su esclarecido nombre!

VI.

MAS de ciento cuarenta alumnos ocupábamós los escaños de la Cátedra de Gramática General, 1er. Curso de Latínidad y Filología, en el Seminario de Guadalajara, el año escolar de 1871 á 1872, en que por disposición del V. Metropolitano se acababa de encomendar dicha asignatura al joven Diácono Don Atenógenes Silva, quien apenas acababa de cumplir 23 años. Catedrático y alumnos, en la alborada de la vida, simpatizaron desde el primer instante, y bien pronto con el trato cotidiano quedaron establecidas entre ellos esa correspondencia mútua y esa afinidad de sentimientos, que han permitido al través de un cuarto de siglo conservar la recíproca intensidad del afecto inicial con toda la prístina energía que le comunicaran los anhelos dichosos de la juventud y la bendita ignorancia de los contratiempos ulteriores de la vida social. Es éste un fenómeno raro, sin duda, pero que tiene su razón de ser en el método didáctico del nuevo profesor, quien sí tenía la noción de que las leyes de la educación deben variar con los tiempos y las necesidades de cada país; y sí conservaba en su despejado espíritu aquella sentencia de Eurípides: "la educación bien dirigida conduce eficazmente á la virtud," comprendió también, al primer golpe de vista, que la práctica debía enseñarle grandes cosas, y que era preciso, adoptando una cuerda analogía, por lo que pasa en la naturaleza física, buscar la nutrición del sér intelectual, mediante un trabajo sostenido de vigorosa asimilación, en la sávia fecundante de la doctrina, formada entre las tradiciones del pasado, las teorías del presente y los

ideales del porvenir. Y tuvo, no cabe duda, la suerte de encontrar el secreto para forjar desde luego y sin solución de continuidad, el carril del método y lanzar por él con prepotente impulso el principio educativo que llevó la luz á las inteligencias vírgenes, y el calor á los sencillos corazones de sus numerosos discípulos. Adoptó sin restricciones, sin reserva alguna, esta prolífica dualidad: para sus inteligencias, fué Maestro; para sus corazones, un Padre. Y de esta manera les asoció perdurablemente á su vida: ellos, conocieron á fondo y tal cual es en sí la grandeza del alma de su Maestro, y aceptaron con pleno discernimiento el ascendiente de sus virtudes, la superioridad de su espíritu y el dominio de su ciencia, sintiendo germinar purísima y dichosa, como el tributo de un homenaje que se impone, esa especie de seducción, rasgo distintivo del genio, que en cada uno de ellos hace hasta hoy su personalidad amada; y él, dejando penetrar su mirada clarividente hasta las intimidades dulcísimas de sus sanos espíritus, pudo muy bien descubrir cuándo se hallaba en presencia de una individualidad, cuándo ante un carácter, cuándo ante un ingenio de porvenir seguro y cuándo ante alguno de esos meteoros fugitivos de la esfera intelectual. No hubo esperanza alguna de cuantos cernieron sus alas sobre aquellas frentes juveniles, que él no arrullara con el solícito acento de su cariño; y si algunas llegaron á la meta feliz y son hoy realidades atrayentes y fascinadoras, ¿no lo deben acaso á que las precedió, marcando seguro derrotero, la columna de fuego de su amor paternal, por el desierto obscuro de la vida terrena? Ah! es todo un poema, inefable y santo, la ímproba tarea educátriz de nuestro Maestro queridísimo; la labor constante que pudo convertirnos en hechura moral é intelectual de sus sapientísimas manos, máxime si se atiende que fué obra espontánea de su voluntad, que llevó por móvil la sola ventura de sus discípulos y por lema este principio de incomparable abnegación: "os quiero buenos, instruídos y felices, no para mí, sino para vosotros mismos, y jamás soportaré que exista una sola pena en vuestras almas, si con algo de mi misma vida se puede disipar." Y han sido los hechos, con su lógica incontrovertible, los que dan testimonio durante veinticinco años de la verdadera y constante realización de tan generosos ideales. Para todos se ha prodigado con sublime espontaneidad: á éste, dándole el sustento material; á aquél, el consejo necesario; al otro, la advertencia oportuna y cariñosa; al de más allá, la palabra de aliento; al dichoso, el parabién de su auge; para el que se aleja de su lado, un suspiro; á la memoria del que se desploma en las lobreguezes del sepulcro, una lágrima candente, con pena engendrada y en el dolor vertida, y siempre y para todos, reconocidos é ingratos, ausentes ó presentes, cultivadores de su trato ó alejados de él, vivos ó muertos, una oración santa elevada al Eterno con pureza de angel, rectitud de justo y amor inmenso de Padre. Su pensamiento está en todos, y ninguno le parece indigno de sus cuidados y de sus desvelos; cumple así una misión providencial y ejercita á la vez las energías de su espíritu y la

rara nobleza de su corazón magnánimo. En él como en nadie ha sido una verdad inconcusa la sentencia de Confucio: "el entendimiento anda más que el corazón, pero nunca va tan lejos;" porque el amor á sus hijos intelectuales procede del corazón y de su espíritu; pero predominando con impulso irresistible el órgano muscular que no descansa en sus funciones y que como ha dicho Haller es *primum vivens et ultimum moriens*, según lo comprueban ya superabundantemente las experiencias de la Fisiología moderna.

Hijos, pues, de aquel gran corazón que no cesa de amarnos, ahí está el *quid divinum* de la gratitud eterna y de la veneración sin límites que á todos sus discípulos nos inspira el Ilmo. Sr. Silva, ese Mentor singularísimo de nuestros primeros pasos en la vida consciente de la moralidad y de la ciencia. No es ciertamente el Ilmo. Sr. Silva el único profesor que dió ciencia á sus discípulos; pero sí fué uno de los pocos Maestros que inspiró *soplo de vida* á sus corazones. "Instruir puede cualquiera, dice un aforismo antiguo; educar, solo quien sea un evangelio vivo." Nos modeló haciendo de artífice el amor de su alma toda virtud, toda nobleza y toda santidad; y sus manos fueron artistas y creadoras. ¿Créis ahora que tan fuertemente atados hacia él por el cariño y el reconocimiento, los lazos más poderosos de la voluntad del hombre, sería posible que alguna vez dejásemos de estar á su lado en los instantes solemnes de su preciosa existencia?

¡Jamás! ¡Nunca le abandonaremos: hoy mismo, al agruparnos una vez más á su lado, con alborozo, con júbilo, con regocijo, venimos más que á gozar con su dicha en la celebración del XXV aniversario de su primera Misa, á satisfacer una necesidad imperiosa de nuestra vida racional: amándole así, somos felices! Nos convertimos en pensamientos animados de su mente y en latidos de su corazón hechos seres amantes, que centuplican su alegría; que le hacen comprender que no está solo en este valle de miserias, y que al aclamarle y bendecirle, miramos como dice el gran Lamennais, que "las tristezas de la existencia se disipan á los rayos fecundos del amor."

VII.

NO temo repetirme si con ello logro que mis palabras sean comprendidas en todo el valor y la amplitud de mi pensamiento: la educación pasional que supo darnos el Ilmo. Sr. Silva, inspirándose sin duda en estas palabras de Julio Simón: "la educación es una operación por la cual un espíritu forma un espíritu, y un corazón forma un corazón," es la causa eficiente del cariño sin límites que le profesamos sus numerosos discípulos.

Todos, todos sin excepción; hasta aquéllos para quienes alguna vez tuvo su labio frases de merecido reproche; porque hasta cuando en fuerza del deber reprendía, hasta entonces era Padre dulcísimo y amante; su labio en trance tal se esforzaba por aparecer severo, enemistado, próximo al enojo y aún á la vehemencia de la irascibilidad; pero en su mirada apacible y serena había al instante una absolución latente, cariñosa y de eficacia más pujante para lograr la regeneración del culpable, que otros medios puestos en juego por el rigor de la disciplina escolar.

Sus enseñanzas científicas, su método, su facilidad de transmisión, su celo, el poder de su palabra, la abnegación con que acogió su Magisterio, todo fué laudabilísimo y muy sólido porque se basaba en una necesidad evolutiva, beneficiosa al espíritu humano y exigía por una época de aventajada cultura; pero lo extraordinario y lo excepcional, fué el don educativo, que de manera rápida y consciente hizo la conquista de las simpatías: aquéllo, era el arsenal de su vocación docente; éste, el alma de su victoria decisiva.

Lo recuerdo perfectamente: nos hablaba siempre con énfasis, en lenguaje castizo, con voz clara y acento conmovido; trasparentando el concepto que mandaba á nuestros oídos el estado fisiológico de su alma en los momentos que por entero les pertenecía á la ciencia y al perfeccionamiento de sus discípulos. Un entendimiento perspaz y observador, libre de la fascinación que su carácter de Mentor ejercía en nosotros, habría podido señalar, con toda claridad y precisión, el trayecto y la duración de una idea en su cerebro luminoso, al pasar, en virtud de su desarrollo místico, desde la categoría de entidad protoplásmica hasta el de palabra expresiva, sonora, distinta y articulada: tal era cuando hablaba en cátedra la diafanidad de su espíritu, semejante á una antorcha purísima que fulgurase al través de una pantalla de alabastro. Dominaba el verbo de la mente y le obligaba sin lucha y sin rebeldías á hacerse comprensible hasta de los más humildes y de los más escasos de entendimiento; empleaba los términos más precisos y las expresiones más conocidas, y así resultaban sus explicaciones al alcance de todas las inteligencias; y así todos comprendíamos cómo las unas se apoyaban en las otras, y eran á la vez la lógica y la persuasión haciendo triunfar una doctrina.

Hoy que el discernimiento y la reflexión han adquirido la independencia y el reposo necesarios para juzgar de sus enseñanzas; al obligarlas á comparecer de nuevo en nuestra mente, no podemos menos de quedar sorprendidos al descubrir en ellas la proyección de las escuelas antiguas en estrecho maridaje con las teorías modernas; lo que es, apoyándose en lo que fué. ¿No es éste el arte delicadísimo de *evolucionar sin destruir* de que nos habla Paul Bourget? Efectivamente, cuando él tenía algo que descartar de las doctrinas del pasado, lo hacía con cordura y sabiduría; reconociendo primero la grandeza de ellas, y luego refutando sus errores sin acrimonia y sin duplicidad. Así, por ejemplo,

al hablarnos de la lengua Griega, hermana mayor de la Latina y ambas progenitoras del idioma Castellano, y al tocar necesaria y forzosamente la cultura etnográfica de aquella Madre inmortal de la inspiración y del arte, para revelarnos el canon de la belleza helena, que fué, es y aún seguirá siendo el prototipo de las concepciones más hermosas, más ideales y más metafísicas de la inteligencia humana, su voz se elevó hasta el diapason de la elocuencia demostina, y en un arranque de brillante erudición lanzó contra aquella, no un anatema, que por fútil habría sido indigno, sino un apóstrofe sublime, mitad enumeración encomiástica de tan espléndida grandeza, y mitad sensata rectificación de sus tendencias antropomórficas. Hablándonos así, se nos reveló filólogo, filósofo y artista.

Un día y otro día, nos llevó después en fuerza de su genio hasta el santuario del saber y nos mostró con derroche de tino y buen sentido, cómo "ninguna filosofía puede darnos una idea más perfecta de las cosas, que la palabra misma en que se encarnaron, y ensalzando y con justicia los estudios lingüísticos y filológicos, nos hizo comprender por el análisis etimológico-filosófico de la palabra *alma* "que los latinos aprendieron de los griegos á pensar, á formar su lengua y hasta su fraseología para morir;" nos enseñó á discernir los errores del paganismo encerrados en la idea panteísta que tenían de la palabra *Dios*, y remontándose al exámen de las lenguas primitivas pudo probarnos que al través de las palabras *hombre, idea, iglesia, evangelio, etc., etc.*, la ciencia del lenguaje y la narración bíblica se unificaban armónicamente y coincidían de manera luminosa. ¡Cuántas y cuán hermosas enseñanzas no debimos á su sapiente é inspirado labio! Ellas, propagándose luego, engendraron el estímulo de aprender las lenguas sabias originarias del Evangelio, y con su filosofía admirable prepararon bien pronto la era de esplendor más brillante que ha tenido el Seminario de Guadalajara.

Después de nosotros, generaciones sucesivas, ó mejor dicho, cursos subsecuentes al nuestro y tan numerosos ó más que él, fueron á sentarse al lado de nuestro Maestro queridísimo y á recibir de él ciencia para sus espíritus, y virtud para sus corazones. El tiempo, nos arrebató entonces su presencia; por la distancia, se amortiguó el eco de su voz paternal: ¡sólo en el santuario de los recuerdos, vivía radiosa la figura veneranda del Sr. Silva, y ni un día, ni un solo instante fué velada por el negro olvido!... ¡El amor que reina en el corazón del hombre, dice una sentencia árabe, no se borra jamás de la memoria!...

VIII.

SE quiere la comprobación de tales asertos? Búsquenla los contemporáneos en el origen filial, en el regocijo entrañable y en el esplendor de las festividades que pudimos consagrar al jubileo sacerdotal, á las Bodas de Plata como Presbítero de nuestro

Maestro queridísimo; y hállela los pósteros en este Album, monumento apocalíptico del más puro, del más leal, del más legítimo y del más acendrado de los cariños de la tierra. "El pensamiento es un poder," ha dicho Victor Hugo; pues bien: el pensamiento y la gratitud han dado vida á estas páginas que nos sobrevivirán indudablemente, pregonando *urbis et orbe* el sacrosanto afecto que las dió vida. Ellas hablarán categóricamente y con más amplitud y libertad que nuestros corazones; depondrán como testigos irrefutables y fallarán como jueces incorruptibles; porque desde que el pensamiento del hombre pudo encarnarse en los caracteres del asombroso descubrimiento de Juan Guttemberg, los sentimientos del corazón humano quedaron redimidos del olvido y de la muerte. Y de que tampoco nos olvidaremos del Ilmo. Sr. Silva en lo futuro, por cuantos días más quiera todavía el Padre Omnipotente conservarnos en la brega penosa de la vida, ahí van en garantía, para los unos y los otros, estas juiciosas palabras del Abate Lamennais: "El amor no se cansa, es infatigable, es inagotable: vive y de sí propio renace; y cuanto más se prodiga, tanto más abunda." Palabras que llamamos *juiciosas*, porque están de acuerdo absolutamente con la naturaleza biológica del sentimiento más poderoso de todos cuantos se albergan en el alma del hombre. El amor, reza una sentencia doctrinal, es la elevación de todas nuestras potencias á la última potencia. Y el amor filial que comienza siendo el primer acto consciente del niño, se convierte en el deber más imperioso del hombre y en el acto más moral, más ineludible y más culto de todo miembro de una porción civilizada de la humanidad. Se concibe á Guzmán *el bueno* arrojando el puñal dentro de las murallas de Tarifa para que con él sea sacrificado su hijo; pero sólo se enaltece, se ensalza y se bendice al piadoso Eneas llevando sobre sus espaldas á su padre Anquises en los momentos fatales en que Troya, su cara é infortunada patria, perece entre las llamas y los horrores de la inhumana guerra, que hicieron exclamar en el paroxismo del dolor á Panto: "*fuit Illium, et ingens gloria Teucrorum.*"

IX.

HEMOS concluido. Pero no estamos satisfechos: el impulso de gratitud inextinguible que depositamos en el activo de esta empresa, no puede por su escaso valer intelectual, balancear en el libro de nuestra vida el pasivo que arroja el caudal de bondades con que nos ha colmado la mano bienhechora de nuestro Maestro queridísimo: la palabra es un tributo del pensamiento; y nosotros le debemos algo más que el fruto de la educación que supo impartirnos. Jamás, pues, saldaremos deuda tan sagrada. El peso de esta gratitud nos abrumará hasta el instante de deponer el fardo de la vida